

José Bengoa  
SUR Profesionales

Una de las áreas que mayor interés ha despertado en la historiografía nacional en los últimos años ha sido la historia indígena, también llamada etnohistoria. Llamó recientemente la atención la cantidad de ponencias, estudios e investigaciones con abundancia de material y datos que se presentaron al Congreso de Etnohistoria realizado en El Quisco entre el 19 y 23 de julio de 1993. También llamó la atención la cantidad de alumnos de historia de las universidades del país que asistieron a las discusiones que allí se realizaron. No parece haber otra disciplina de la historiografía criolla que reúna tanto interés y donde además ocurran polémicas tan fuertes y a veces apasionadas.

No es fácil determinar la razón de este interés. Aventuraremos algunas.

La primera, ser un área olvidada o no estudiada de la historia nacional. Tanto en los estudios coloniales como en los republicanos, los indios marcaban un telón de fondo, lejano, opaco, al escenario de la historia donde vivían, hablaban y se morían los personajes principales de la escena: gobernadores, eclesiásticos, políticos, en fin, criollos y españoles ligados al juego del poder político. En las sombras, los indios realizaban malocas, participaban en alguna guerra, eran objeto de agasajos en

regados y enfiestados parlamentos, servían para llenar de honra, honores y luego "mercedes" a algún bravo godó.

Después de las historias de personajes míticos como Lautaro, Caupolicán y Pelantaru, los nombres propios de los jefes indígenas incluso desaparecen de la historia. Algo se sabe, por las novelas más que por la historia, de un tal mestizo Alejo; el resto de los indios de casi tres siglos –diecisiete, dieciocho y diecinueve– cae en el anonimato. El individuo indígena dejó de ser –para la historiografía tradicional chilena– sujeto de la historia a partir de la mitad del siglo diecisiete.

Los indígenas se perdieron en las sombras del sur. En la barbarie. Y los bárbaros pareciera que no tienen nombres propios.

En algunos casos, por lo tanto, fue y ha sido (y aún es) necesario reinvestigar las fuentes para construir el orden historiográfico mínimo de los hechos. Podemos decir que aún tenemos enormes lagunas en que no se sabe siquiera de los hechos ocurridos.

El segundo razonamiento que podría explicar el interés por estos temas es más complejo. La historia indígena tiene quizá la virtud de alejarnos conceptualmente de la "historia oficial" y llevarnos

a lo que algunos han llamado la "otra historia".

Esto es así por varias razones. En primer lugar, la "historia de los vencidos", parafraseando el título del hermoso libro de don Miguel León Portilla. La historia oficial y tradicional de Chile es, por definición, la historia de los vencedores; como más de alguien lo ha señalado, la historia de los que escriben la historia. Es una historia que nada más ni nada menos se inaugura con el capítulo de "El Descubrimiento", negando el carácter de personas, de gente, de sujetos históricos a los cientos de miles de personas que poblaron el territorio desde tiempos inmemoriales. Es la historia de los que llegaron, se instalaron, ganaron las batallas –aunque a veces también las perdieron–. La historia oficial en Chile es el relato que hacen los nietos, de las hazañas que hicieron sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos.

Es de evidencia plena que un intento mínimo de democratizar la historia –como parte de la democratización de la sociedad– debería conducir a contar la historia de todos los abuelos, de los que ganaron, de los que perdieron.

Otra razón que, a nuestro modo de ver, podría explicar el interés por la historia indígena, es el antiestatismo que implica el "hecho indígena". Los indígenas son, al decir de Pierre Clastres, sociedades sin Estado, que no tienen Estado y que, además, están "contra el Estado". En Chile esta afirmación es brutalmente cierta en el caso mapuche.

La historia oficial es una historia del Estado. Relata lo bien que lo han hecho los diferentes personajes que han construido, administrado, reformado, transformado el Estado. Como bien se sabe, la historia chilena no ha sido ni es una historia de la sociedad nacional. Los indígenas aparecen frente al Estado como el sector social más alejado; más aún, marginales a él: no lo reconocen, lo niegan y lo combaten.

En la historiografía indígena se ve con dramatismo –y en un grado extremo– los denodados intentos del Estado chileno –colonial y republicano– por integrar la sociedad. Se ven los mecanismos y aparatos que ocupa en este proceso "civilizatorio" a la manera de Hobbes. Son los mismos procesos que ocurren con el resto de la población, y en especial con el "bajo pueblo", como lo llama

Gabriel Salazar, pero quizá aquí se perciben con particular nitidez. La historia indígena es, por tanto, la historia del no Estado, del anti Estado, del proceso contradictorio de organización e integración no acabado de la sociedad chilena.

Por ello, la historia indígena es una *historia de la disidencia*. No cabe duda de que provoca una gran atracción a los disidentes de hoy, o a quienes les agradaría serlo.

El juicio por herejía, brujería y otros maleficios llevado a cabo en Chillán en el siglo dieciocho contra un grupo de indígenas, relatado por Holdenis Casanova, conoció el entusiasmo de la audiencia en El Quisco. Lo mismo ocurrió con otras ponencias sobre la temática. ¿Por qué? Sin duda la investigación es excelente, el método y el trabajo también lo son, pero creo que el tema mismo convoca al imaginario mucho más allá que su propio contenido. Es la reconstrucción de la historia del integrismo, del autoritarismo inquisidor y la disidencia cultural. Este tipo de temas nos mete de lleno en la historia de la libertad, de cómo se ha ido construyendo, de los censores de antes y de ahora, de los libertarios de antes y de ahora.

Creo incluso que la historia de la disidencia indígena ha ido perdiendo –afortunadamente– su carácter heroico militar y ha ganado en los aspectos culturales de la disidencia. La historia militar indígena no era más que una copia, espejo deformado, de la historia militar chilena de la tradición patrioterica oficial. Los indígenas no sólo fueron disidentes políticos, sino que lo han sido principalmente culturales, con toda la gama de expresiones de la cultura.

Por otra parte, y no de menos importancia, la historia indígena incorpora "lo maravilloso" al terreno de la historia, para usar un término de Le Goff. La historia oficial es heredera del racionalismo del siglo diecinueve. Es un relato que se precia de su pretensión científica. No incorpora, y más bien desprecia, hechos que no pueden ser comprendidos en el estrecho marco de los actos relevantes de la historia, las acciones que son parte del despliegue de la razón, tal como Hegel lo estableció con precisión en su determinante pensamiento sobre la historia, su sentido y su condición. Los fenómenos misteriosos quedan relegados a la

nada, las opiniones del "pueblo inculto" no existen; el "pueblo" sólo se manifiesta en la historia, o es reconocida su manifestación cuando avanza por la Alameda y llega a golpear la casa de Gobierno. Incluso la acción colectiva que sectores populares han desarrollado en áreas marginales a la esfera de influencia –y de peligro– del Estado central, no es consignada.

En la historia indígena, los elementos maravillosos son parte necesaria e indispensable en la comprensión histórica. En sus acciones guerreras, los mapuches se cubrían con las pieles de sus animales totémicos, consultaban a los oráculos, triunfaban o perdían en las batallas no sólo a causa de su coraje, sino también del sentido trascendente de las cosas, animadas e inanimadas, ubicadas en un momento histórico de tal grado de complejidad que no es comprensible por medio del método racionalista pretendidamente científico.

En El Quisco se planteó una discusión en torno a la validez de la *historia oral* como fuente para la investigación historiografía. Hubo quienes negaron la validez de la oralidad más allá del testigo presencial. Es evidente que la búsqueda de nuevos métodos, como éste por ejemplo, ofrece un atractivo suplementario al tema de la historia indígena. No queremos decir que, en otras áreas de la historia, la historia oral no pueda ser usada o no se use. Pero aquí también la sociedad indígena es un extremo de gran interés. Se trata de un sociedad ágrafa y donde ha existido –y aún se mantiene– una estructura institucionalizada de oralidad. El Weipin o Weipife mapuche es un personaje reconocido por poseer dones de memoria y conocimiento para repetir, sin errores ni fantasías propias, la historia de su linaje. La oralidad es aquí una fuente segura, siempre que se maneje una adecuada y apropiada "crítica de las fuentes", como en todo trabajo de historia.

La historia oral, evidentemente, nos incorpora "lo maravilloso" a la historia. Cuando un sabio indígena nos señala que su tatarabuelo –con precisión– murió en la localidad de "Azul", provincia de Buenos Aires, en la década del treinta del siglo diecinueve y nos canta la canción que ese personaje cantó al ir a la guerra de las Pampas, entramos en una dimensión que el racional-cientificismo ha

negado, descuidado y rechazado en el estudio de la historia. Se ha hecho una historia que, de tan pretendidamente científica, ha llegado a ser más bien aburrida, no entusiasmo a las nuevas generaciones.

Desde otro punto de vista, la historia indígena se liga estrechamente con la *historia regional*. Quizá uno de los temas más importantes en el futuro de la historiografía chilena sea el tema de las sociedades regionales.

Ya lo hemos dicho, en Chile, la Historia, con mayúscula, ha sido –y es– la de La Moneda, y las familias y personajes que la rondaron. La historia del poder central. La democratización de la historia –y del país– pasa por desmontar esta imaginaria, evidentemente falsa. El país de los extramuros del Estado es el otro país, que ofrece mucho mayor interés para la comprensión de la sociedad que los pasillos del palacio.

La historia –o historias– indígena es una historia regional, ocurre en el sur, en el norte, en Isla de Pascua, en Magallanes. Los indígenas fueron regionalistas y federalistas, no sólo por el hecho de habitar en lugares apartados. Su proyecto de convivencia pasaba en el siglo pasado por el federalismo, por transformarse en una sociedad regional reconocida por el Estado Central. Por ello se aliaron a Urquiza, a los penquista del 51 y 58, se entusiasmaron con Aurelie, el Rey, buscaron –y buscan incluso en la actualidad– alianzas con los partidos regionalistas.

Creo que lo más importante del interés por la historia indígena es la relación que le plantea al historiador con la *historia latinoamericana*, *indoamericana*. La América mestiza de la que reniega la historia oficial. Desde don Diego Barros Arana, que ve en el indio la barbarie, hasta los libros escolares de hoy, el historiador oficial ha tratado de separar a Chile del resto de América. En los libros de colegio para preparar la Prueba de Aptitud Académica para el ingreso a la universidad, esta ideología llega al paroxismo. Es coherente con las persistentes autoimágenes nacionales, de "los ingleses de América", los "blancos", los "cultos", y ahora "los tigres".

Al estudiar la historia indígena no podemos menos que concluir que la tan mentada blancura



de la piel es una apariencia imaginaria. A partir de allí, nuestra historia se parece mucho más a la de Bolivia que a la de Alemania, mal le pese a los que han bebido cerveza en esa Escuela.

La historia indígena, por todo lo que he venido señalando acá, tiene mucho más que ver con *el interés por reestructurar la Historia de Chile*, que con el problema indígena en particular. Me temo, además, que tiene poco que ver con los indígenas propiamente tales. No es casualidad que en El Quisco —en un Congreso de Etnohistoria— haya habido muy pocos indígenas. Una discusión más académica debería preguntarse si aquello es etnohistoria, o si se debe restringir el concepto sólo a la propia historia de los pueblos indígenas, realizada con los métodos etnográficos, con la especificidad que puede tener la historia de los pueblos así llamados sin historia.

En El Quisco se produjeron polémicas fuertes; la más reiterada fue aquella acerca de la existencia, periodo y carácter de la guerra de Arauco; es, sin duda, un tema central en la comprensión del país. La visión de los llamados "estudios fronterizos" conduce a una perspectiva, la visión de los estudios que analizan el "conflicto interétnico" conduce hacia otras conclusiones. En ese encuentro se presentaron varios trabajos de investigación, unos

que partían de un marco conceptual y otras del otro. Es interesante anotar solamente los temas escogidos en uno y otro caso. Los "fronterizos" no consideran la variable conflicto y privilegian el contacto. Las investigaciones se refieren a áreas no conflictivas —por ejemplo, las influencias en las costumbres y modos de vida; como alguien señaló, "la historia *light*"—. Por su lado, la "historia *hard* o *heavy*" se la llevan quienes analizan el conflicto interétnico como marco interpretativo. Allí surgen los temas de las guerras y conflictos abiertos (Iván Hinostroza), la historia de la propiedad y las diversas formas de usurpación. Es una historia llena de incomprendiones, asperezas, dolor y muerte. Ambas posiciones tienen consecuencias graves en la interpretación de la historia y del presente de la sociedad chilena. La polémica debe seguir, sólo se ha iniciado.

En fin. La historia indígena nos conduce a una "historia de las diferencias", y sin duda allí reside el entusiasmo del tema. Una historia oficial de la homogeneidad se enfrente a la crítica de una historiografía que nace y que muestra la heterogeneidad social de la historia del país. Que no todo lo que aquí ocurre, acontece en la Moneda o en sus diez cuadras adyacentes.

